



NAC-USA
DEVELOPMENT
INSTITUTE

Hacer bien
para agradar
a Dios

Sal y luz

GUIÓN DE MITAD DE SEMANA

Pedid,
buscad,
llamad

2019

Agosto

Sesión 1 – Hacer bien para agradecer a Dios

Bienvenidos al mes de agosto. Este mes, nuestra temática de los Servicios se centra en: «Nuestra conducta». Nuestras conversaciones de mitad de semana estudiarán lo que Jesucristo dijo sobre nuestra conducta en el Sermón del Monte.

Comenzaremos examinando lo que Jesús dijo acerca de hacer bien en Mateo 6:1-4 (LBLA):

Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. Por eso, cuando hagáis una obra de caridad, no toques trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres. En verdad os digo que ya han recibido su recompensa. Pero tú, cuando des limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha, para que tu obra de caridad sea en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará en público.

Jesús está señalando que debemos servir y hacer bien por amor a Dios y al prójimo y por ninguna otra razón. En todo lo que hagamos, debemos preguntarnos: «¿Cuál es mi motivación?». Cuando el amor de Dios continúa desarrollándose y creciendo en nosotros, permitimos que Su Espíritu nos mueva a hacer bien. Esto a su vez glorificará a Dios y le agradecerá. El amor de Dios fue derramado en nuestra alma el día de nuestro Santo Sellamiento. Queremos desarrollarnos en este amor y hacer que se vuelva una fuerza motriz en nuestras vidas. ¿Cuáles son algunas de las fuerzas en la actualidad que pueden obstaculizar este amor?

Nuestro Apóstol Mayor describió esta fuerza en la actualidad como el «culto del yo». Es una verdadera aflicción de nuestro tiempo. Es absolutamente incompatible con la fe cristiana. Para vivir en Cristo, debemos *crucificar* el yo, y permitir que el Espíritu de Jesús se desarrolle en nosotros.

Dios no nos pide que desechemos nuestra personalidad y voluntad, sino que alineemos nuestra voluntad con la Suya, y renunciemos al culto del yo, que se manifiesta a través de tres características:

1. Egoísmo: que consiste en buscar satisfacer nuestras propias necesidades y deseos sin tomar en cuenta los de nuestro prójimo. Podríamos pensar en esto como: **«Primero yo»**.
2. Egocentrismo: en el que podríamos pensar como estar enfocado en uno mismo o **«todo se trata de mí»**. El egocéntrico considera al mundo exterior sólo en términos de su propia persona.
3. Individualismo: es cuando una persona se considera más importante que la comunidad a la que pertenece, y sus intereses tienen prioridad sobre el bien común. Básicamente, su mentalidad es: **«Yo soy mejor»**.

La vida en Cristo tiene repercusiones muy concretas en nuestro comportamiento, primero dentro de la sociedad. Somos conscientes de nuestras responsabilidades y contribuimos con disposición a nuestra comunidad. No nos apartamos con el pretexto de que no necesitamos a nadie o que no nos importan. Incluso en relaciones personales, buscamos la felicidad de los demás y los edificamos sobre la enseñanza de Jesús acerca del amor. Otro lugar para hacer bien es en la congregación. En el cuerpo de Cristo, el bienestar de cada miembro depende de todos. El amor de Cristo nos impulsa a sacrificar algunos de nuestros intereses personales por el bien de la congregación.

Sigamos el consejo del Apóstol Pablo en Gálatas 2:20 (LBLA): *«Y ya no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo por fe en el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí»*.

Cuando Pablo hizo esta declaración, no quiso decir que nuestra fe nos impide amar y disfrutar los placeres de la vida. Podemos trabajar por nuestro éxito personal y profesional, pero el dinero, el placer y la gloria no satisfacen completamente nuestra alma. Más bien, es nuestra fe en Cristo la que nos dará una vida abundante y plena.

Hacer bien no pone en duda nuestra singularidad o nuestra personalidad. Por el contrario, contribuye al cumplimiento de las «buenas obras» que Dios nos ha llamado a hacer. Nos convertimos en la persona que Dios

nos creó para ser, con nuestros dones, pasiones e intereses. Cuando seguimos Su llamado para hacer bien, amaremos como Él ama, nos convertiremos en una bendición para los demás y experimentaremos una vida plena en Cristo.

Sesión 2 – Sal y luz

¡Bienvenidos de nuevo! Hoy continuaremos nuestra conversación sobre nuestra conducta. Como discípulos de Jesucristo, nuestra conducta dice mucho acerca de lo que creemos y a quién seguimos. Queremos mostrar a Jesús a través de lo que decimos y hacemos, pero eso sólo es posible cuando nuestro carácter está arraigado en Él. En la sesión de hoy, estudiaremos otro pasaje del Sermón del Monte, donde Jesús les habla a Sus discípulos acerca de ser sal y luz.

En Mateo 5:13-16 (LBLA), Jesús describe la singularidad de la vida de Sus discípulos, e insiste en que su carácter debe tener un efecto profundo, conservante, y transformador en quienes los rodean. En estos versículos, Jesús dice: «Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se ha vuelto insípida, ¿con qué se hará salada otra vez? Ya para nada sirve, sino para ser echada fuera y pisoteada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad situada sobre un monte no se puede ocultar; ni se enciende una lámpara y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en la casa. Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas acciones y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos».

¿Qué se entiende por las dos metáforas utilizadas en estos versículos? ¿De qué manera los seguidores de Jesús han de ser tanto sal como luz?

Primero, reconocemos que ambas tienen un profundo efecto en sus entornos.

La sal es muy útil y brinda beneficios de diversas maneras. En el Antiguo Testamento, se usaba principalmente como agente purificador. También sabemos que la sal es útil como conservante y como condimento para los alimentos. Así como la sal es beneficiosa por diversas razones, así también deben serlo los seguidores de Jesucristo. «Vosotros sois la sal de la tierra» significa que, como discípulos, hemos de ser agentes purificadores en este mundo corrompido al vivir de una manera recta y al ser testigos fieles de Jesucristo. Podemos pronunciar palabras que alienten y edifiquen en medio de conversaciones podridas, cuyo único objetivo es destruir. Sazona tu entorno y las personas que encuentres al compartir el amor de Jesucristo y la paz que Él ha colocado en tu alma. Invítalos a conocer a Jesucristo como su Señor y Salvador. Y sé quien ayude a preservar la esperanza en medio de los momentos más difíciles de la vida. ¿Cómo puedes ser un agente purificador en tu lugar de trabajo? ¿Y con tus vecinos? ¿Con tu familia? ¿Estás sazonando tu mundo con el mensaje del Evangelio? ¿Ayudas a conservar la esperanza?

No queremos caer en una vida impía que nos robe la misión a la que Jesús nos ha llamado. En cambio, es importante que busquemos al Espíritu Santo cada día para poder tener la fuerza y el valor de tener un efecto profundo en nuestro mundo.

Jesús es la luz del mundo. Como Sus discípulos, alumbramos Su luz. ¿Qué significa esto? A donde sea que vayamos, ¡debemos alumbrar ese lugar con la luz de Jesús! Así como leímos en el libro de Hechos, los apóstoles y los primeros cristianos cambiaron el mundo con su testimonio, así como también nosotros deberíamos hacerlo. ¿Tendemos a escondernos? ¿Nos da timidez hablar sobre nuestra fe en Jesucristo? ¿Nos abstenemos de ayudar a amigos y desconocidos? ¡Déjate animar por las palabras de Jesús: *Que alumbré tu luz!*

¿Por qué Jesús nos llama a hacer esto? Para que quienes nos rodean reconozcan nuestras buenas obras, y entonces glorificarán, no a nosotros, sino a nuestro Padre en el cielo. Ese es nuestro propósito. Esa es la voluntad de nuestro Dios: que todo lo que hagamos lo glorifique. Entonces, cuando somos la *sal de la tierra* y la *luz del mundo*, no nos estamos poniendo a nosotros de relieve, sino a Jesús, aquel que glorificó a Su Padre, con la esperanza de que nuestro mundo sea cambiado para bien.

Sesión 3 – Pedid, buscad, llamad

Bienvenidos a nuestra última sesión de grupo pequeño de agosto. En esta sesión, veremos otra de las enseñanzas de Jesús en el Sermón del Monte para ayudarnos a entender cómo podemos conducirnos para que nuestras acciones estén alineadas con la voluntad de Dios.

En Mateo 7 leemos: «Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan? Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas» (Mateo 7:7-12).

En estos versículos, Jesús nos insta a orar. Dios nos ha dado la dádiva de la oración para que podamos buscarlo, venir a Su presencia, expresar nuestra adoración, y presentar nuestras peticiones ante Él. Es en la oración que desarrollamos nuestra relación con Él, una relación que se basa en la confianza. Confiamos en que cuando pedimos, buscamos y llamamos, Él está ahí para respondernos y guiarnos conforme a Su voluntad. Creemos que Dios siempre está dispuesto a ayudarnos cuando lo llamamos.

Sin embargo, a veces hay circunstancias en la vida que nos hacen dudar. Quizás cuestionamos si Dios estará allí cuando lo busquemos, o dudamos que Él nos podrá ayudar en nuestra necesidad. Tal vez nos preocupa que, si expresamos nuestras dudas, Dios no nos ayudará porque nuestra fe no es tan grande. La duda en sí misma no es mala, pero el diablo puede usar la duda para separarnos de Dios.

Cuando nos encontremos en momentos como estos, debemos recordar las palabras de Jesús: *«Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá»*. Dios no quiere que nuestra duda sea una razón para que no nos acerquemos a Él. Él entiende que, como seres humanos, estaremos inclinados a dudar en ciertas situaciones porque es un efecto de la capacidad de razonar, que es un rasgo que nos fue dado por Dios. Entonces, ¿cuál es Su solución para nuestra duda? Él no se aparta de nosotros. En cambio, ¡Él nos invita a buscarlo! Él nos pide que acudamos a Él en oración para que podamos ser renovados en nuestra fe y confianza en Él.

Vemos un ejemplo de esto en Marcos 9, cuando un hombre se acerca a Jesús y le pide que sane a su hijo enfermo. Jesús le dijo: *«Si puedes creer, al que cree todo le es posible»*. E inmediatamente el padre del muchacho clamó y dijo: *«Creo; ayuda mi incredulidad»* (Marcos 9:22-24). Cuando el padre reconoció que no tenía la fe suficiente para la ayuda del Señor, él pudo haber tomado la decisión de irse decepcionado. Sin embargo, él acudió a Jesús, incluso con su duda e incredulidad. ¡Él pidió ayuda, creyó y la recibió!

Dios le da a Su pueblo la certeza de que Él escuchará sus oraciones, y que, si realmente lo buscan, lo encontrarán. En la Escritura, podemos leer lo que el Señor le dijo al pueblo judío a través del profeta Jeremías: *«Entonces me invocaréis, y vendréis y oraréis a mí, y yo os oiré; y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón»* (Jeremías 29:12-13). Aun cuando dudamos, si nuestro deseo sincero es buscar al Señor, lo encontraremos. Él no se esconderá de nosotros.

¿Cómo podemos buscar a Dios con todo nuestro corazón? Venimos a Él con humildad y agradecimiento. Cuando lo busquemos de esta manera, sentiremos Su presencia en nuestras oraciones. Especialmente en momentos de duda, perseveramos en pedir, buscar y llamar. Lo buscamos continuamente en oración.

Dios desea darnos buenas dádivas conforme a Su voluntad. Cuando venimos a Él en oración, le expresamos que queremos estas dádivas. Necesitamos Su ayuda, Su gracia y Su amor. Y, cuando acogemos estas riquezas que Él tan libremente nos da, nosotros a su vez las compartimos con los demás, para que puedan ver que Dios también anhela tener una relación con ellos.